

Sobre bloqueo histórico y utopía en latinoamerica

Hugo Zemelman*

Marco general

América Latina vive un momento de reajuste que se pretende constituya un esfuerzo por recuperar la creatividad de la persona; lo que se intenta identificar con esa "dinámica liberadora" del mercado, es la nueva versión de un futuro óptimo resucitado del pasado. Idea que se vincula con la democracia la cual se ofrece depurada de las contaminaciones propias de cualquier sistema de poder para revestir el carácter de un valor universal. Se olvida todo aquello que encubre en cuanto a situaciones de privilegio y subalterni-

*El Colegio de México.

¹ Conferencia impartida en el Simposium "Mundos nuevos-mundos opuestos", organizado por la Casa de las Culturas del Mundo, 7 al 14 de junio de 1992, Berlín, Alemania.

dad económico-social y política. Y se difunde con tal fuerza por los medios de comunicación que no se ofrece más alternativa que la de conformarse, esto es, la de encontrar la armonía y el consenso social. La política, por lo tanto, parece ser la encarnación misma de una utopía añorada, que resulta inesperadamente, ser parte de la misma realidad. Se nos ubica en una inercia como si la realidad constituyera un túnel fuera del cual no cabe pensar ni soñar. En este contexto se impone un neoliberalismo militante y triunfalista que para ocultar sus quiebres y perversiones encuentra apoyo en el autoaniquilamiento de la experiencia estalinista, dolosamente identificada con la crisis de la utopía, así como en la frustración de los proyectos desarrollistas populares.

Pero ¿por qué se habla de fracasos de la utopía? ¿Qué significa hablar de los fracasos de los proyectos populares de desarrollo?

Veamos el contexto en que surgen estos interrogantes. Aludiendo a este en ***La razón de los vencidos*** Reyes Mate afirma:

se aprecia un espíritu de conformidad como la falta de espíritu para seguir pensando [...] Está renuncia a pensar es lo más opuesto al sentimiento de vivir un cambio. Pero lo lamentable no es sólo que se repita lo ya sabido, sino que se defienden ahora las mismas tesis ideológicas, los mismos proyectos políticos sin esa semilla de contradicción que simbolizó el Muro de Berlín [...] Sin ese Muro lo provisional se hace definitivo. Definitivo es el fracaso del comunismo y el triunfo del liberalismo. Mientras existió el socialismo real, el capitalismo no podía proclamar su victoria definitiva (aunque el socialismo real no fuera ninguna alternativa), existía la conciencia de que había que buscársela al capitalismo.

El vacío resultante ha dejado inerte al pensamiento crítico latinoamericano, preocupado de no perder la visión de que la realidad siempre excederá a cualquier teoría, o a cualquier esquematización ideológica; de este modo estamos siendo arrastrados hacia el rincón oscuro de la falta de visiones alternativas. Como nunca, hoy está vigente el bloqueo histórico del que ha hablado Agnes Heller. Para salir al paso a esta situación, entendemos que uno de los desafíos de las ciencias sociales es defender la utopía, especialmente de quienes pretenden reducirla a pura imaginación, o a simples deseos. La utopía, antes que nada, es *la tensión del presente*.

Lo imposible ha dicho Ibsen es lo que más atrae. Max Weber, en su época, ya había anticipado el poderoso cosmos del orden económico moderno como una "jaula de hierro" cuando sostenía que la sociedad no sólo es una jaula, sino que todos los que la habitan están configurados por sus barrotes; son seres sin espíritu, de forma que "los críticos de la jaula de hierro adoptan la perspectiva de los guardianes de ésta". Por eso, hoy requerimos de una variante del trato fáustico, que, como recuerda Marshall Berman, suponga insistir en el reto de la

posibilidad de autodesarrollo del hombre a costa de abandonar su esperanza de satisfacción, limitada y fija. Sin embargo, el momento histórico de hoy, junto con la oferta de las condiciones para ese desarrollo, es también paradójicamente la época de la fragmentación del sujeto, de su unidimensionalidad. ¿Cómo recuperar la utopía que demanda la necesidad de otras realidades, en un contexto que masivamente pretende conformarnos con un fin unilateral de lo que se tiene que entender por futuro?

La coyuntura latinoamericana actual se caracteriza por el dominio del discurso económico-liberal, discurso que impone un bloqueo para pensar desde ángulos diferentes su realidad. Por eso es que una de las tareas de las ciencias sociales es desentrañar los mecanismos que hacen posible este bloqueo, de manera tal que se puedan vislumbrar nuevos horizontes. En esta dirección, se puede considerar como un problema muy ilustrativo lo que ocurre con la integración latinoamericana que quisiéramos tomar como base para estas notas sobre bloqueo y utopía.

Utopía contra mercado

En efecto, se afirma que América Latina ha iniciado una nueva etapa en su desarrollo cuyo rasgo más sobresaliente es la liberación del comercio internacional; incluso más, se afirma que el mismo poder se muestra abierto en tal forma que se perciba como parte de este esfuerzo de liberación. Vivimos o, más bien, se nos trata de convencer (y de hecho así ocurre con vastos sectores de la población) de una verdad que se plantea como sinónimo de recuperación de la creatividad de la persona, pero que no es más que un mecanismo a través del cual se manifiesta el bloqueo para socavar la posibilidad de un pensar distinto, que se oponga al que domina en forma inmediata.

Desde la lógica que nos rige, la realidad parece haber encontrado su utopía, de manera que carece de sentido cualquier esfuerzo imaginativo que la cuestione. Todo esfuerzo de creación ha de estar por lo tanto calcado por esa forma ya alcanzada por la historia actual, que desplaza todos los intentos por interpretarla en una dirección opuesta. Y con ello se pretende aplastar todo intento conducente a liberar al hombre en una sociedad más justa.

Es un imperativo salirse de los marcos de lectura fijados por el discurso económico del poder, que cada vez se reproduce en forma más homogénea por todas las latitudes de la región latinoamericana; romper con sus parámetros para ser capaces de vislumbrar realidades diferentes. Posibilidad ésta que exige tener que afrontar el desafío de una utopía como la base constituyente de visiones renovadas de futuro para el desarrollo de América Latina. Desafío utópico necesario para romper con la trampa, pero que obliga, como requisito previo, a que la gente realmente quiera una utopía alternativa.

Para ver realidades nuevas hay que necesitarlas. Para forjar utopías se requiere de esta necesidad por una realidad diferente, lo que supone reconocer a ésta, saber distanciarse de lo establecido. Simplemente eso: distanciarse. Hay que saber reconocerla. Pero, ¿reconocemos a la realidad que nos circunda?.

Reconocer la realidad significa algo más que conocerla. Impone saber ubicarse en el momento histórico en que se vive, aunque este reconocimiento no implica, en estricto rigor, un acto de conocimiento. Más bien es una forma de asombro que integra a lo sabido con su contorno. Hay que colocarse en un umbral desde el cual poder mirar, no solamente para contemplar, sino también para actuar. Es lo que entendemos por pensar histórico. Pero, el pensar histórico supone no solamente romper con los parámetros dominantes, sino también ser capaces de forjar proposiciones de futuro. Por lo mismo, no es un pensar que se someta a las reglas de la evidencia sino a las de la imaginación.

Este acto de imaginación constituye una necesidad para colocarse ante la realidad del mundo, la cual habrá que asumir, estimular y robustecer, afrontando los múltiples intentos por mutilarla. He aquí los peligros de las deformaciones tecnológicas, incluso profesionales, en la medida que el imperativo de la eficacia llegue a atentar contra cualquier esfuerzo por ver la realidad con prescindencia de los cauces por los que se transita.

Se requiere de un pensamiento global que no se agote en el discurso económico dominante, por cuanto éste conforma una lectura mutilante, donde los horizontes se limitan a una esfera de la realidad que no cubre todos los sentidos contenidos en el esfuerzo por construir la historia.

De ahí, por ejemplo, que la realidad de la integración latinoamericana no pueda ser pensada estrictamente desde la óptica de su ámbito económico, aunque ello no significa negarlo, sino equilibrar su gravitación con otras dimensiones de la realidad. Más allá de los hechos económicos relevantes, ¿qué significa hablar de integración?.

Desde luego es un espacio, pero ¿para qué y para quién?. Es insoslayable preguntarse si este espacio que emergerá de la integración, es de un solo futuro, o, más bien, si es un espacio para una pluralidad de futuros posibles. La discusión parte de la premisa de que el futuro de la integración se confunde con una versión particular de ese futuro, el que proporciona el neoliberalismo, y que cualquier otra posibilidad está desde el inicio descartada por "la historia". A este respecto el colapso del estalinismo se utiliza como su demostración más contundente.

La integración de las estructuras económico-productivas, efectivamente, constituye un espacio que es básico para acelerar el dinamismo de las diferentes economías nacionales, pero sin olvidar que este proceso de "globalización" disfraza eufemísticamente al conocido proceso

de la transnacionalización de la economía; es decir, que expresa la extensión mundial de la estructura altamente centralizada del capital internacional. Globalización que, simultáneamente con la integración económica, va produciendo (aunque no medien decisiones explícitamente asumidas) la adopción de un nuevo modelo de sociedad y de organización política congruente con las exigencias del proceso de transnacionalización.

Si en virtud de su propia lógica económica el proceso genera concentración del ingreso y, en consecuencia, crecientes desigualdades sociales (que se traducirán en que una proporción cada vez mayor de la población refugiada en actividades marginales), resulta entonces que el desafío político de la transnacionalización consistirá en crear las condiciones para que se acepte la pobreza y la marginalidad sin resistencia. Vale decir, sin que los sectores sociales doblegados puedan desarrollar la capacidad de presión social que permita cuestionar al modelo dominante.

Por lo dicho, la integración significa algo más que la simple ampliación del espacio económico de operación de las estructuras productivas y de comercio. Constituye un nuevo ángulo desde el cual poder pensar a Latinoamérica. Si ello es así, cabe preguntarse, ¿cómo será posible estimular y apreciar la formación de este nuevo pensamiento todavía en estado embrionario? ¿Cuáles serán los parámetros que sirvan de referentes a este nuevo modo de pensar y sentir a América Latina?

La esperanza de una Latinoamérica integrada entra en pugna con lo que llamaremos ángulo de fuerza en su interpretación, que se impone hoy desde el plano del discurso económico. Este último en efecto permea las percepciones y visiones de la problemática, de manera que todas las que no se ajustan a sus requerimientos revisten el carácter de subsidiarias de la visión económica, dependiendo su legitimidad de los propios logros de aquella. Ello plantea una de las más graves contradicciones, ya que el avance en las estrategias económicas de desenvolvimiento se tienen que corresponder con formas de conducta, definiciones de futuro y modalidades en la organización política, que sean funcionales a su lógica, pero que, a la vez, puedan transformarse en obstáculos a una integración diferente que la que se promueve de conformidad con la lógica económica que se impone, pues, sabemos que el neoliberalismo requiere para afianzarse de condiciones culturales, psicológicas y políticas que faciliten su opción de integración.

Sin embargo, a pesar de la urgencia por desbloquear el modo de pensar la integración, debemos evitar organizar un contradiscurso puramente axiológico. Son ejemplos de esto afirmaciones tales como "el esfuerzo ontológico del ser latinoamericano por el encuentro de su identidad", el predominio de un "telos en la historia que permita descuidar su construcción", o la apetencia por una esencia que ha de cumplirse como la del "Hombre americano"; asimismo, planteamientos disyuntivos tales como "civilización o barbarie" que fortalecen un fatalismo

histórico. Pero lo dicho tampoco significa caer en el extremo opuesto, que, ante la ineficacia de lo anterior, se pretenda abordar el futuro solamente desde el pragmatismo de los proyectos económicos vigentes.

Los desafíos de la hora plantean tener que superar la fetichización de un telos mecánico de la historia. Más aun, hay que revalorar la idea de que la historia se construye y, por lo tanto, **la** voluntad para impulsarla; romper con los modelos teóricos contemplativos, estáticos, puramente explicativos, que caracterizan al quehacer académico; recuperar el protagonismo que encuentra su fuerza en la capacidad de asombrarse frente a la realidad, pues la ausencia de asombro conduce a la ceguera, y la ceguera al rechazo de descubrir el despliegue de lo-que-se-mueve, de lo potenciabile, de lo posible de ser construido como inédito.

El reto de la crisis por la falta de alternativas nos obliga a desplazarnos desde un pensamiento puramente humanista a un pensamiento sociohistórico constructor de realidades; desde la reflexión teórica sobre la historia a lo político como conciencia de la construcción de lo necesario; del pasado que nos determina a una visión de futuro desde un presente que luchamos por apropiarnos desde sus mismas potencialidades.

Muchos de los retos anteriores, como la libertad de decir y de creer en horizontes distintos, pierden su sentido opcional en la medida que las mentes queden atrapadas en los parámetros del discurso dominante. En este contexto urge plantearse una mayor velocidad en la circulación de las ideas para avanzaren el reconocimiento de opciones, de manera de romper con la lógica del mercado que se impone como ángulo forzoso de la lectura de la realidad actual.

Búsqueda de alternativas

La búsqueda de alternativas a la situación actual requiere encontrar puntos de apoyo. Estos se encuentran en los ámbitos de realidad en los que se conforman procesos de identidades colectivas, pero que, a la vez, sean ajenos de los que resultan de la "sobreimposición valórica" del aparato de dominación. Lo que significa recuperar a los distintos sentidos que puede asumir **la** construcción de la historia.

La realidad sociohistórica es una expresión de los proyectos impulsados por los diferentes actores sociales. La historia concreta que se vive y que deviene en objeto de conocimiento se identifica con los contenidos de esos múltiples proyectos. Ello significa que la realidad sociohistórica es un producto del poder, pues en una medida importante su dinámica se corresponde con la reproducción de los sujetos mediada por la de sus proyectos.

En esta dirección, la conciencia histórica es creadora de cultura por cuanto contiene a las prácticas y a la memoria de los sujetos, pero, asimismo, es construcción de futuro porque la cultura es portadora de un potencial movilizador abierto a lo utópico como construcción de lo posible. La relación entre cultura y política es particularmente relevante en tanto ambas son dimensiones del esfuerzo por construir direcciones posibles.

Lo dicho obliga a entender a la política como utopía por estar referida a las potencialidades de transformación que se contienen en la realidad, en vez de restringirse a un simple quehacer operativo. Distinguir entre política y administración de políticas, entre creatividad política y políticas de consolidación de proyectos particulares, entre voluntad de cambio y voluntad de gobierno; pero también, a diferenciar entre potenciación y realismo, entre horizontes históricos y orden por conquistar. En este sentido, la integración económica de Latinoamérica expresa la política de consolidación del proceso de transnacionalización del capital, el que exige de un orden funcional a su expansión y al cual tienen que reducirse todos los horizontes históricos alternativos.

La historia de América Latina hasta hace muy poco se caracterizó por los esfuerzos para impulsar la construcción de proyectos nacionales. En la actual coyuntura se enfrenta el desafío de salir al paso de la apatía y del bloqueo mental, productos de los empeños de homogeneización que caracteriza a las lógicas de poder de los gobiernos. Se impone romper con este ángulo de fuerza en la lectura de la realidad para encontrar y valorar los espacios, pequeños o amplios, desde los cuales impulsar procesos de cambio que avancen en la historización de la utopía alternativa. De lo contrario, tropezaremos con la indiferencia y el temor que, al desmovilizar a la persona y a la población, generará nuevos temores y mayor apatía que conducirán en definitiva a la ideología de la sobrevivencia, cuya manifestación más elocuente es el predominio de una conciencia reducida a los límites de las necesidades mínimas, esto es, a la aceptación de la pobreza y de la marginalidad; en una palabra, profundizar la subalteridad sin la capacidad de reacción.

A pesar de los empeños sistemáticos por imponer una sola opción, comienzan a mostrarse síntomas de resquebrajamiento del proyecto (Cfr. sucesos de Venezuela, saqueos de supermercados en Río de Janeiro, inestabilidad en Colombia y Perú) que son explicables por el creciente empobrecimiento de vastos sectores sociales medios y populares.² El *quidáe* la cuestión reside en si estas movilizaciones quedarán en simple descontento espontáneo coyuntural, o se plasmarán en fuerzas con capacidad para forjar alternativas. Es indudable que ello tendrá consecuencias sobre la naturaleza misma del proceso de integración latinoamericano: o este se

² (Cfr. datos del último informe del PNUDI). El 20% de los brasileños más adinerados reciben 26 veces, otros estudios hablan de 33 veces, más que el 20% más pobre. De otra parte, la ayuda internacional se dirige a aquéllos con menos necesidad: el 40% más rico del mundo en desarrollo recibe el doble de ayuda *per cápita* en comparación con el 40% más pobre.

restringe a ser el espacio de la transnacionalización que hasta el momento ha resultado en una mayor pobreza y en una más alta concentración de ingreso; o bien, además de constituir una apertura de las economías, convertirse en el vehículo para impulsar políticas que aseguren que un mayor crecimiento en los indicadores económicos se corresponda con un mayor desarrollo social equitativo.

Sin embargo, el dilema ni siquiera pasa por la simple definición de políticas. Es más profundo. Inevitablemente nos lleva a la cuestión siguiente: si el desarrollo de la sociedad civil, por su propia dinámica, cuestiona al orden político en que descansan las políticas gubernamentales, parece ser inevitable que éste tenga que adaptar a la sociedad civil a sus necesidades, transformándose el orden político en una frontera infranqueable para cualquier demanda de un proyecto alternativo, en la medida que se identifica con una estrategia económica particular.

Problemática que nos remite a otra cuestión de fondo para entender el futuro de América Latina: ¿el proceso de acumulación, base de la actual estrategia de crecimiento, es compatible con políticas de legitimación construidas sobre la base de alianzas, esto es, con espacios democráticos?

Parece ser que la burguesía latinoamericana es lo suficientemente voraz y poco empresarial para estar dispuesta a pagar los costos de ninguna legitimación, de modo de comprometerse en el largo plazo con sólidos proyectos democráticos.⁴ ¿Estamos, entonces, nuevamente a las puertas de nuevas formas de regímenes de fuerza que tenderán a concebir la integración simplemente como el espacio de la transnacionalización de las economías? ¿Acaso no estamos presenciando la tendencia de los gobiernos a recurrir cada vez más a las facultades de excepción, a la implantación de estados de emergencia, para no hablar de los autogolpes, prácticas políticas que pueden enfrentarnos con la situación de regímenes de fuerza de la más variada índole, incluso desapercibidas hasta hoy?

Consideraciones finales

Pensamos que la integración representa un espacio para una pluralidad de opciones. Pues, de no ser así simplemente es el disfraz de la transnacionalización y la política se limita a ser una

³ Sin embargo los datos del PNUD muestran que 20 de 24 países industrializados son ahora más proteccionistas que hace una década.

⁴ Datos del PNUD. Los países que gastan más del 4% del PIB en sus FFAA reciben el doble de ayuda *per cápita* en comparación con aquellos más pacíficos.

mera tecnología de poder, en vez de constituir la instancia de opciones para delimitar acciones en términos de visiones alternativas que resulten reconocibles en el marco de la utopía, que se lucha por transformar en proyecto de sociedad más libre y justa.

La producción intelectual, científica y artística, ha de contribuir a fijar la necesidad de lo que está más allá de lo aceptado y conocido; de aquello que escapa a los conceptos establecidos, y que, al decir de Adorno, constituye la mayor urgencia del pensamiento.

Por ello, con base en el esfuerzo por construir esta utopía, quisiéramos parafrasear el siguiente pensamiento de Walter Benjamín: "Futuro sólo podrá haber si las generaciones actuales toman en cuenta todos esos sueños de felicidad, otrora pastoreados por la religión y que ahora tienen que pasar a la conciencia histórica". Y así evitar que la historia, como decía Hegel, sea ese lugar del absurdo cuando se preguntaba ¿para quién y para qué finalidad ha sido inmolada esa asombrosa cantidad de individuos? Desafío político y de razón, a la vez, si no queremos reducirnos a la condición de sobrevivientes.